T. ORBE

REJAS DE ORO

Comedia en tres actos y en prosa

Precio: 2 pesetas

SEVILLA
Imp. de F. Acuña, á cargo de J. Ponti.
COLON 7 Y BATEHOJAS 9.
1900

REJAS DE ORO

516.7

T. ORBE

REJAS DE ORO

COMEDIA EN TRES ACTOS, EN PROSA

Estrenada con éxito en el TEATRO SAN FERNANDO de Sevilla, la noche del 16 de Diciembre de 1899

SEVILLA
IMPRENTA DE F. ACUÑA
Hernando Colón, 7

1900

PERSONAJES		ACTORES
CARMEN		SRTA. COBEÑA.
JORGE, marido de Carmen. . . .		SR. CUEVAS.
DON FRANCISCO, tio de Jorge. .		» RAUSEL.
RODRIGUEZ . . .	amigos de la casa.	» MARTÍ.
DOÑA CONCHA .		SRA. VEDIA.
PEPITA, hija de doña Concha . . .		SRTA. ARÉVALO.
ANTONIO, novio de Pepita		SR. COBEÑA.
UN CRIADO.		

La acción en Sevilla.—Época contemporánea

Esta obra es propiedad del autor.

Los comisionados de la Sociedad de Autores Españoles, son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación, como también del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley

ACTO PRIMERO

La escena representa el patio de una buena casa sevillana. Sillas, butacas, mecedoras, mesas, maceetones con palmas y otras plantas.—Aparatos encendidos de luz eléctrica. En el fondo gran escalera de mármol, practicable. A la derecha puerta grande con biombo delante y un perchero á un lado donde los personajes dejarán los bastones y sombreros al entrar en escena cogiéndolos al salir.—Al comenzar la acción hállanse sentados á la izquierda JORGE, RODRÍGUEZ y DON FRANCISCO. (La derecha ó la izquierda se entienden del espectador.)

ESCENA PRIMERA

RODRÍG. (Abanicándose) Señores, esto es horroroso: cuarenta y cinco grados á la sombra. Ya me explico yo ahora por qué dicen que los andaluces tenemos buena sombra. Pero yo prefiero ser sueco, al ménos en Julio y Agosto... No hay quien resista esto... Y por ahí no lo quieren creer; sospechan que el termómetro participa aquí del espíritu hiperbólico de la tierra, que sube por puras ganas de exagerar.

D. FRAN. Es que el sol es aquí realmente andalúz.

RODRÍG. Y muy cristiano.

D. Fran. ¿Cristiano? Más bien parece gentil ó musulmán, según lo que atormenta á los cristianos.

Rodríg. Pues por eso precisamente digo que es cristiano, por lo que atormenta.

D. Fran. A ver, á ver, Rodríguez, explique eso...

Rodríg. Digo que es cristiano porque coopera á la obra de nuestra salvación. El estío sevillano es como una antesala del infierno; evoca en nosotros el atróz sufrimiento que espera á los malos en las hogueras infernales, y el temor á semejante suplicio, del que tenemos idea por los ardientes rayos de este sol, nos hace buenos. Véase por donde los 45 grados son un elemento de moralidad...

D. Fran. Apropósito de esto les contaré una anécdota. Predicaba un cura en Burgos en lo más crudo del invierno, qué, como ustedes saben, es allí horroroso, Versaba el sermón sobre las penas del infierno, y pensó el buen padre que si hablaba á sus ateridos oyentes del clásico infierno abrasador, no sería de ninguna eficacia su predicación, antes bien, les induciría al pecado, puesto que nada más agradable para los que tiritaban de frío, que la idea de un lugar de confortable calor. Y, con excelente lógica y mejor intención, pintóles el antro del mal como un sitio desolado, terriblemente glacial, donde el frío hace crujir las mandíbulas y retuerce los músculos y la sangre se congela en las venas como el agua en los vidriosos charcos de los campos burgaleses.

Jorge. ¡Fué ingenioso el cura!

D. Fran. Pues á mí el calor no me molesta mucho, Ustedes los jóvenes tienen la sangre hirviendo, pero los que estamos coronados por la nieve de los años, amamos al sol como á un protec-

tor cariñoso que nos defiende de la fría tierra que tira de nosotros

RODRÍG. ¡Ah! Pues yo no puedo resistir, y si tuviera medios, no imitaría á tanto ricacho tacaño ó de mal gusto como hay aquí, de esos que pasan el verano dormitando en los patios ó hablando en los casinos de política local ó del precio de la cebada. Vean ustedes en cambio á Miranda. Yo no sé como se las compone, pero en llegando Junio, da el portazo y tiende el vuelo hacia Francia y no parece por aquí hasta los plácidos días otoñales. Unos dicen que pasa el verano en un castillo de Bretaña, otros que corretea por Paris dando sablazos á diestro y siniestro. Yo no sé. Lo cierto es que aquí nadie vive como él. Y muchos de los que le despellejan beben por ahí los vientos, poniendo en juego las mayores influencias, para conseguir una invitación á sus comidas y á sus bailes. Yo soy un decidido admirador de Miranda. Es un gran mérito, sin tener cortijos ni rentas, vivir á lo grande: magnífica casa, carruajes, recepciones, viajes...

JORGE. Y trampas.

RODRIG. Perfectamente, tendrá trampas, pero hay que convenir en que es un tramposo admirable. Recibe á los acreedores en audiencia, á lo gran señor, rodeado de las magnificencias de su espléndida morada; les hace admirar algunas de las muchas joyas de arte que posee, y les despide con majestad afable, con aire de noble protección. Salen de allí encantados... y sin cobrar. Siempre es un consuelo tener un deudor de tono, un hombre distinguido, que recuerda á los fastuosos señores de la vieja aristocracia extinguida. Su mujer parece una reina,

allí todo está montado en un pié de grandeza...

JORGE Diga usted más bien que está montado como los diamantes: al aire. Yo no puedo admirar á esa familia de ociosos elegantes y vanos.

RODRÍG. Mi admiración es meramente estética

JORGE. Si el ingenio que ha gastado ese pobre Miranda para sostener una falsa posición, le hubiera empleado en cualquiera empresa de trabajo, en cualquiera ocupación útil, hubiera conquistado rectamente una posición real. Pero todo su talento lo dedica á las pueriles combinaciones de su indumentaria, á llevar un chaleco irreprochable ó una corbata atrevida, y á deslumbrar á los tontos con los mil cachivaches bonitos de su casa. Crea usted, Rodríguez, que debe pasar ratos muy amargos. Los ricos muebles y los hermosos cuadros de su casa, ¡de cuántas miserias serán testigos! ¡de cuántos bochornos! Porque no todos los acreedores quedan desarmados ante el porte distinguido ó la sonrisa protectora de este pobre diablo. Los criados, á quienes ha enseñado á doblar elegantemente el espinazo, se yerguen á veces para pedirle con insolencia los salarios atrasados.

RODRÍG. Esas son las miserias de entre bastidores, pero hay que confesar que una vez en escena representa brillantemenle la comedia. Levantándose. En medio de tanto adinerado sin gusto, Miranda significa la reacción contra la ordinariez reinante. Él mantiene aquí el fuego sagrado de la elegancia y del buen gusto. Le admiro como artista, y aunque, como usted dice, sea un tramposo, es un artista de la trampa, y sabe vivir en grande, cuando tantos grandes viven en chico... Ea, hasta luego. Váse por la derecha.

D. FRAN. Adios, Rodríguez.

ESCENA II

JORGE Y DON FRANCISCO

JORGE ¡Qué cargante es este Rodríguez!

D. FRAN. ¡Hombre!, á mí me entretiene. Conoce á todo el mundo, y entra en todas partes.

JORGE Y en algunas ha salido por el balcón.

D. FRAN. Por tenorio, tal vez...

JORGE No, por lenguaraz.

D. FRAN. Y no se le conoce oficio ni beneficio; él viste bien, frecuenta las mejores casas... Yo no sé como...

JORGE Pues ahí tiene usted explicadas las simpatías que siente por Miranda; es su maestro... En fin, Rodríguez es un indivíduo despreciable, un vividor... Con repugnancia No hablemos más de él...

D. FRAN. Después de una breve pausa Te veo triste, Jorge; tu que siempre has sido un muchacho optimista y alegre.

JORGE Usted sabe la causa de mi tristeza.

D. FRAN. ¡Bah! Causa, causa... Preocupaciones tuyas.

JORGE. Se me hace la vida insoportable.

D. FRAN. Deja esas melancolías, abandona esa obsesión.

JORGE. ¡No puedo, tio, no puedo!

D. FRAN. Eres excesivamente susceptible... No es un caso tan raro que un hombre sin fortuna se haya casado con una mujer rica, ni es deshonroso cuando el hombre se casa por móviles elevados. Tú lo mismo te hubieras casado con Carmen siendo pobre ó siendo rica.

JORGE. Pero ¿quién ve los móviles de las acciones?... ¡Si la conciencia se llevara en el rostro!...

D. FRAN. Las personas que te conocen saben que eres un hombre digno, y en cuanto á los que no te conocen ¿qué te importa su opinión?

JORGE. Sin embargo, yo no puedo vivir sin el aprecio de las gentes, y aunque usted diga otra cosa, movido por su cariño, yo sé que la opinión considera mi unión con Carmen como una indignidad de mi parte, clasificándome entre los innobles vividores que eluden el trabajo cazando herederas.

D. FRAN. ¡No, por Dios, Jorge, no digas eso! La gente sabe distinguir.

JORGE. Cuando salgo con Carmen sorprendo sonrisas impertinentes, miradas ofensivas para mi honor.

D. FRAN. Eso es una ilusión tuya. Vives alucinado por tus escrúpulos, y si te empeñas verás risas maliciosas hasta en las estátuas.

JORGE. Siento que todos me desprecian como si hubiese simulado una indigna comedia de amor para conquistar, no el corazón, sino la bolsa de Carmen. ¡Ah, sí, sí! Eso es lo que quieren decirme, y la misma Carmen duda acaso de mi sinceridad. Vivo atormentado con esta sospecha, comprimiendo mi corazón para que no crea que hago un hipócrita alarde de un amor mentiroso para gozar de su caudal. Con abatimiento. ¡Es horrible mi situación para un hombre de honor!

D. FRAN. Ten calma. Yo no veo en todo ello más que suspicacias de tu delicadeza extremada... Tu padre te dejó por toda herencia un ríjido concepto del honor, un vivo sentimiento del deber, y una educación completa, dotándote de extensos y variados conocimientos para que te ganases la vida con tu propio esfuerzo. En-

tre los deberes ineludibles del hombre, colocaba tu padre el del trabajo, considerando la ociosidad como un verdadero deshonor, como una bajeza que cometen los que se sustraen á esa ley necesaria de la vida. Entendía él, que es inmoral dejar bienes materiales á los hijos, que esto es inutilizarlos como hombres, privar de su con curso á la sociedad, formando indivíduos vegetativos, parásitos del vicio y de la ociosidad al amparo del caudal heredado. Pudo dejarte fortuna, pero temió que el dinero anulara al hombre, que el indivíduo se trocara en un rumiante del capital, atrofiando sus facultades en la pasividad de una vida sin estímulos.

Con tal criterio, gastó pródigo una fortuna para dotarte de educación sólida, te dió armas para la lucha y el trabajo, te puso en marcha, te imprimió el movimiento inicial, como él decía, pero ni una peseta. Y fíjate ahora en esto: si bien es cierto que nada aportastes al matrimonio, porque nada tenías, tragiste tu personalidad, tu talento, tu educación, que es también un capital y capital vivo. Tu has reconstituido la fortuna desordenada de Carmen, sus créditos embrollados, sus tierras, sus haciendas; tu has puesto raya al saqueo de capataces y administradores infieles, tu acción inteligente y tenáz ha contenido el desmoronamiento de esta casa, que se venía abajo en manos débiles é inexpertas. De suerte que el pan que has comido desde que entraste en esta casa es tuyo, tuyo, entiéndelo bien... Tu padre que era tan ríjido en estas cosas, te diría lo mismo

JORGE. Cierto. Pero esta unión tiene el pecado origi-

nal del dinero de Carmen. Yo soy pobre y ella es rica: este es el hecho que nadie olvida y que me lanzan al rostro como un reproche, y reproche justo, porque el matrimonio que tiene por base la dependencia económica del hombre á la mujer es un matrimonio de funciones invertidas, es la abdicación de la naturaleza y la dignidad del hombre, y tiene razón la gente cuando dirige sus sátiras sangrientas á estas uniones, inmorales casi siempre.

D. FRAN. Enojado Pues entonces, si tiene razón la gente para llenarte de ignominia, no hablemos más... Eres terco...

JORGE. Si, hablemos, tío. Es gran consuelo para mí verter en usted las amarguras de mi alma, porque de esto no hablo yo á nadie, ni aún á la misma Carmen...

D. FRAN. Pero ¿cómo no lo pensaste antes? Ya no tiene remedio.

JORGE. !Antes! Cuando se ama no sepiensa más que en la mujer, todos los demás son accidentes.... Y aunque lo hubiera pensado, yo no podía renunciar á Carmen, me senti arrastrado hacia ella, y el amor cuando no halla libre el paso rompe los obstáculos ó salta por encima de ellos.

D. FRAN. Después de todo, lo que diga la gente vale bien poco mientras conserves el cariño de Carmen, y ella te estima, yo lo sé.

JORGE. ¡Me estima! ¡Si viera usted qué palabra tan glacial es esa para un alma enamorada! ¡Me estima! Usted lo ha dicho, esa es la frase. Pero no me ama. No ve en mi más que un buen administrador ó un muchacho decente acogido á esta cosa como á un asilo... Y yo, por no

aparecer hipócrita ó agradecido á la ración que aquí se me dá, porqué no sospeche ¡horrible sospecha! que vine á ella por móviles de grosero interés, que mi amor es fingido, lo guardo como un pecado, oculto aquí dentro *Con vehemencia, señalando el pecho;* pero este fuego interior me devora; mil serpientes me muerden el corazón, y no puedo más, no puedo más... Entre Carmen y yo se interpone un obstáculo, las rejas de oro de su caudal, que es mi pecado, el oro infamante que envenena mi dicha, haciéndome sospechoso, indigno mercader de amor... *Con energía* Pero yo me revelo contra la fatalidad que me tendió este lazo haciéndome caer en el deshonor cuando corría ciego tras el amor... Yo no me resigno á vivir con vilipendio, á bajar la frente avergonzado. No.

D. FRAN. ¿Qué piensas hacer? abandonarla?

JORGE. *Vehemente.* Abandonarla, nó, eso jamás...! Yo quiero á esa mujer y mi suerte ó mi desventura será con ella... No puedo huir...

D, FRAN. Entonces qué?

JORGE. *Levantándose con arranque varonil.* Recobrar mi libertad, pisar firme en el mundo, ser hombre como me enseñó mi padre, ser digno de él y digno de mí, romper las rejas de oro que me separan de Carmen, siendo yo todo de ella y ella mía, sin recelos, sin sospechas,

Retirándose hacia la derecha Ya verá usted, ya verá... Es un recurso heróico que me ha sugerido la memoria de mi padre... Se salvará el hombre. Yo mostraré la integridad de mi conciencia y de mi honor. *Váse*

ESCENA III

DON FRANCISCO solo

D. Fran. ¡Pobre Jorge! Es la reproducción exacta de su padre, aquél hermano mío, espejo de caballeros. ¿Y cómo saldrá de este conflicto entre su dignidad y su honor? ¿Cómo después de casado, demostrará que solo le movió el amor, que le calumnian vilmente suponiendo que se unió á Carmen por negocio? ¡Empresa difícil si ha de romper este nudo sin procedimientos trágicos! Pero yo le conozco y estoy tranquilo. Su honor no es ese honor vulgar, instintivo, que mata ó muere en un extremecimiento de pasión brutal. En Jorge siempre domina la cabeza; no lleva el honor en los instintos, sino en las nobles regiones de la inteligencia.

ESCENA IV

DON FRANCISCO; DOÑA CONCHA Y PEPITA que entran por la derecha

D.ª Conc. Buenas noches, D. Paco.

D. Fran. Muy buenas, señoras.

D.ª Conc. ¿Y cómo tan solo?

D. Fran. ¡Qué quiere usted! La vejez tiene pocos atractivos... á Pepita ¡Hola, niña...! ¡Qué linda...! Ya verán ustedes como se anima ahora esto. Tras de este sol por Pepita, vendrán los satélites

Pepita. ¿Y Carmencita?

D. FRAN. Arriba, no tardará en bajar. Mirando al reloj. Es ya la hora de la tertulia...

D.ª CONC. Sentándose. Se sienta también Pepita. ¿Ha visto usted qué calor?

D. FRAN. Fuertecillo, sí señora.

D.ª CONC. Con énfasis. A nosotras la condenada política nos sujeta en este horno...

D. FRAN. Aparte. ¡Condenada política y viven de ella!

D.ª CONC. Si no, ya estaríamos en Biarritz ó en Zarauz, porque aquello es precioso. ¿Usted no lo ha visto? D. Francisco hace un signo negativo con la cabeza Aborrezco la política... Crea usted, Don Francisco, que nosotras, las pobres mujeres de los políticos, somos sus primeras víctimas. Se nos sacrifica sin piedad. Antes la política era cosa de invierno, pero ahora... Mi marido está cada vez más emperrado en élla, vive para el comité y para la Diputación, y tiene abandonada su casa

D. FRAN, Pues me parece un celo exagerado por el país ¿por qué no renuncia?

D.ª CONC. ¡Renunciar! Lleva quince años en la Diputación y conoce aquello como nadie. Yo me empeñé en que no saliera en las últimas elecciones, pero ¡usted no sabe! vino hasta el jefe del partido á pedirme por Dios que no les quitara á Lesmes, que es un hombre necesario, y ¡qué remedio! tuvimos que sacrificarnos. Yo espero que tendrá en cuenta nuestra abnegación para que Lesmes llegue á la meta en su carrera política

ESCENA V

DICHOS Y CARMEN que entra por la escalera del fondo

CARMEM. ¡Qué poca gente... pero qué buena...! ¡Adios niña! á Pepita cada dia más guapa. Tiene á quien parecerse, porque doña Concha ha debido ser una moza de las que hacen época...

D.ª CONC. Con melancolía cómica. ¡Ay, Carmencita, hija, no me desazones con recuerdos del tiempo viejo, como dijo el poeta!

CARMEN. A D. Francisco. Y usted sin novedad ¿Verdad, don Francisco?

D. FRAN. Yo muy viejo, pero esto no es una novedad. De salud, bien; el verano me sienta admirablemente, reparando en Antonio y Rodríguez que entran por la derecha Ea, ya están aquí los satélites...

ESCENA VI

DICHOS, Y ANTONIO Y RODRÍGUEZ

PEPITA. A Antonio que se acerca. No te he visto desde ayer, Antonio...

ANTONIO Pues yo te veo á ti á todas horas, despierto ó dormido, solo ó acompañado, siempre llevo en la mente tu imágen... En voz baja. con pasión. Te quiero como un borrico.

PEPITA Gracias, eso es decirme que yo soy una borrica.

ANTONIO. Tú lo que eres un cielo para mí, la esperanza de mi vida. La coje una mano.

PEPITA Retirándola. ¡Antonio! formalidad que mamá mira.

ANTONIO. Deja que mire. Se la vuelve á cojer.

PEPITA. ¡No! retirándola mira que me enfado

ANTONIO. Yéndose con Pepita hacia el fondo de la escena. Si no era más que un poquito, gustar el divino tacto de tu mano... siéntanse los dos en el fondo, á la izquierda Por lo demás, tú sabes que yo soy un hombre serio, incapaz de faltarte al respeto. El amor es siempre bien educado... continúa la conversación en voz baja.

Doña Concha y Don Francisco van á sentarse al fondo simulando asímismo una conversación en voz baja. Siéntase Carmen en primer término, á la derecha y cerca de ella Rodríguez.

CARMEN. ¿Qué novedades hay, Rodríguez? Porque usted lo sabe todo...

RODRÍG. Todo no; pero uno anda por el mundo con los ojos abiertos y se entera de la gran comedia que es la vida. Quién crea usted más sincero es quien la engaña más. Y naturalmente, en esta batalla de la vida, triunfa el más astuto, con intención el que logró representar su papel de la manera más acabada, el mejor cómico...

CARMEN. Es usted un gran escéptico, no cree en nada.

RODRÍG. Es que conozco bien á los hombres, con intención sobre todo á ciertos hombres, á ciertos... comediantes, cuya doblez se oculta á usted, pobre niña que no vé el mundo más que por las ventanas de su candor... Pero como creer, sí, creo, Carmen, creo. creo en usted.

CARMEN. riendo Eso es un credo en regla... ¿Va usted á morir quizás?

RODRÍG. Estoy muriendo siempre por usted, por su hermosura y por su gracia.

CARMEN. esforzándose por mantener el tono de broma. ¡Galanterías de cajón! Eso es vulgar, Rodríguez, y usted que presume de elegante...

RODRÍG. Perdón, yo no presumo de nada, si acaso de amar á usted en secreto, con pasión imposible, desesperada...

CARMEN. Pero no será desesperación trágica... Habla usted lo mismo que pudiera hacerlo un hortera romántico enamorado...

RODRÍG. No se burle, Carmen. en voz baja y con mucho fuego Yo sé que usted no es feliz, que no ama ni es amada. Usted sabe mejor que nadie que Jorge no la ama...

CARMEN. con energía ¿Y usted qué sabe?

RODRÍG. ¡Oh, sí, sí! No puede amarla; es un egoista que se casó con usted... por lo que usted sabe, y un egoista ¡cómo ha de amar! Si él dice á usted otra cosa, miente.

CARMEN. ¡Rodríguez! Usted ofende cobardemente á Jorge...

RODRÍG. No, no soy yo. Todo el mundo se ríe de la inocencia de usted que no vió el juego de ese hombre ¡cuándo está tan claro! ¡Oh, si usted oyera los comentarios que se hacen por ahí!... Pero yo no me río: V. ha sido la víctima en este lance, y he sentido una inmensa piedad por su desventura, y esta piedad ha engendrado en mí un amor leal hacia usted, con emoción una pasión inextinguible... Levántase Carmen nerviosa y se aparta de él ¿Se va usted? ¿la he ofendido quizás?

CARMEN. expresando confusión y dolor No... es qne me habia olvidado de una cosa.... una orden á los criados... Va al centro de la escena ¡Dios mío, qué infame! llorando ¡Me desgarra el corazón! ¿Es Jorge un egoista, como ha dicho ese perverso? ¡Siempre la duda! ¡Si no me ama que lo confiese de una vez que goce de mis riquezas, que las tire! si quiere, pero sepa yo la verdad, huya de mi corazón para siempre la esperanza! Váse por la izquierda.

RODRÍG. ¡Ah! Vacila..... Son los primeros escrúpulos de la mujer honrada..... Estas son las que á mí me enloquecen..... ¡Hermosa caida la de las inocentes! Conozcò el caso; es una plaza bien artillada que se defiende, pero yo estrecharé el cerco y se rendirá, sí, se rendirá, todas se me han rendido en casos semejantes... Creería ese imbecil de Jorge que el negocio era todo para él... No, en estos negocios hay que pagar corretaje.

ESCENA VII

DICHOS, menos CARMEN; JORGE que entra por la derecha y se sienta cerca de RODRÍGUEZ. DOÑA CONCHA habrá quedado dormida durante la escena anterior. DON FRANCISCO se levanta y va á sentarse cerca de JORGE.

D. FRAN. Dª Concha se ha quedado dormida; estábamos paliqueando de cosas viejas y me ha dejado con la palabra en la boca.

JORGE. Es natural... los años.

D. FRAN. A mí me pasa lo mismo. En llegando esta hora, como no me den conversación, empiezan las cabezadas. Los viejos somos como los niños, estamos en el limbo... ¿Y qué hay por la calle, Jorge?

JORGE. Se habla por ahí de crisis.

D. FRAN. ¡Hola! Entonces Dª Concha está de enhorabuena. Vamos á despertarla...

RODRÍG. ¿De enhorabuena?

D. FRAN. Sí, ¿no son los suyos, es decir, los de su marido los que suben ahora?

RODRÍG. ¡Los suyos! El marido es en política lo que fué

la mujer en amor: de todos. Hace quince años que es diputado provincial con todos los partidos, y siempre pertenece á la comisión permanente.

D. FRAN. ¡Y tan permanente! Según eso, más parece que la comisión pertenece á él que no él á la comisión.

RODRIG. Y gracias á las dietas, han dejado en su casa el régimen de dieta á que antes estaban sometidos. Padecian todos una especie de hambre intermitente, porque comían un día sí y otro no...

JORGE. A mí me da mucha pena esta pobre familia...

RODRÍG. La verdad es que él, el D. Lesmes, es un tonto de solemnidad, una inutilidad completa. No tiene arte ni para barrer para dentro, que es la primera cualidad necesaria á los que se dedican á la politica. Otros más vivos se le anticipan en el botín; el pobre no se da trazas para coger una peseta y se contenta con las migajas. A falta de dinero, arrambla con las especies...

D. FRAN. ¿Con las especies?

RODRÍG. Si. Se lleva á su casa el jamón y el vino de la beneficencia, y la carne que debió nutrir á las amas de cría... Hasta los garbanzos destinados á los enfermos pasan á la olla de esta familia...

D. FRAN. En verdad que eso no es hacer política, eso es hacer la compra... ¡Hasta los garbanzos! Entonces ese hombre ha tomado la diputación por una tienda de ultramarinos... Me resisto á creerlo.

RODRÍG. ¡Bienaventurado usted que conserva á sus años tan optimista candor! ¡Si eso es público!, lo sabe todo el mundo. Y crea usted que lo

que hace á este hombre despreciable es su torpeza. La opinión tiene instintos artísticos, y no tolera el cohecho de la manera burda y sin gracia de este pobre diablo. En cambio es benévola cuando el defraudador es un maestro, un artista del robo. Los políticos eminentes que el país admira no son, después de todo, más que unos adorables ladrones, genios de la apropiación. Si estudian ustedes la psicología nacional, verán como está bien observado este fenómeno de... estética inmoral.

JORGE. Indignado. Todo eso es abominable, profundamente repugnante, una deshonra para el país que vive entre tal cieno...

D. FRAN. Y no es de hoy, que ya en mis tiempos existía la misma corrupción, aunque era menos cínica que ahora.

JORGE. Habrá que convenir en la impotencia moral de la raza y esperar el remedio de Dios, sino viene el saneamiento de otra parte... Nuestra política actual es sencillamente una fase de la evolución del bandolerismo tradicional. Hoy no hay nada que robar en Sierra Morena; el ferrocarril ha dejado solitarios los caminos, y el antiguo bandolero rural se ha hecho urbano; ha tirado el trabuco y se ha instalado en la ciudad. Pero el tipo ha degenerado. Era mucho más..... *estético*, como diría Rodríguez, el clásico bandido generoso, valiente y enamorado, según nos le ha transmitido la leyenda, el José María ó el Diego Corrientes, mezcla de criminal y de héroe justiciero, que el actual bandido enmascarado con un programa político, que comete en la impunidad sus fechorías, teniendo guardadas las espaldas por todo un partido y aun por el Estado mis-

mo. Si hubo un tiempo en que un bandido famoso parlamentara con un rey, es mucho peor hoy que el Estado pone su omnipotencia al servicio de esos... salteadores, que tienen mucho de criminales y muy poco de héroes.

D.ª CONC. Despertando. Pepita, hija, vámonos...

ANTONIO. ¡Si es muy temprano!... saca el reloj las diez y media nada más...

D.ª CONC. ¡Ah! Pues creí que había dormido dos horas.

RODRIG. ¡D.ª Concha! dicen que hay crisis.

D.ª CONC. ¿Crisis?

RODRIG. Todo el ministerio se fué al diablo, y suben los nuestros.

D.ª CONC. Vámonos, niña, no vaya á hacer tu padre una tontería. Que no acepte nada como no sea una cartera. No, nada de gobiernos civiles..... La talla de Lesmes está pidiendo á voces una cartera

RODRIG. Aparte. Con billetes.

D.ª CONC. Aparte á Antonio en voz baja. Y usted, Antonio, basta ya de perder el tiempo. No podemos esperar más. A casarse, ó hemos concluido.

ANTONIO ¡Señora! El sueño la ha trastornado... Yo quiero á Pepita con toda el alma y me casaré con ella, pero no así, por la tremenda... Esto es un secuestro.

D.ª CONC. Bueno. Ha hecho usted una promesa formal y usted es un caballero. Queda pedida la mano de la niña.

ANTONIO Sí señora, la mano y todo el cuerpo

D.ª CONC. Levantándose Pero es menester que usted trabaje, que gane dinero, porque Pepita está acostumbrada á que no le falte nada. No nos venga usted con aquello de contigo pan y cebolla... yendo hacia donde están los personajes de primer término. Hace falta pan y cebolla y lo demás,

se levantan Pepita y Antonio y van á primer término. porque el amor es una pamplina si en la despensa reina el vacío. ¡Y usted no sabe lo que cuestan los garbanzos!

RODRIG. Aparte. No, ni usted tampoco

D.ª CONC. Pero si hacen ministro á Lesmes, no faltará un hueco para usted.

RODRIG. riendo ¿Y para mí?

D.ª CONC. ¡Rodríguez! no me queme la sangre, que estas son cosas muy serias.

ESCENA VIII

DICHOS Y CARMEN que entra por la izquierda.

CARMEN. ¿Ya se van?

D.ª CONC. Si, hija, hay crisis, y como Lesmes es tan modesto, harán con él una injusticia si una no aprieta. ¡Reniego de su poquedad! No sabe pedir.

RODRIG. Aparte. Pero sabe tomar.

D.ª CONC. Voy á hacerle que se mueva, porque en política hay que cojerlas al vuelo... Y estoy segura que el muy pánfilo estará tranquilo jugando al tresillo como si no pasara nada... Ya ves á Carmen tiene una que meterse en política que es lo que más aborrezco... Anda, Pepita... no perdamos el tiempo.

CARMEN. A Rodriguez aparte, con severidad. No merece usted la amistad con que se le ha favorecido en esta casa... No vuelva más.

RODRIG. Bajo Sí, volveré. Usted merece ser feliz, es una flor demasiado hermosa para vivir junto á un áspero cardo sin el sol del amor.

CARMEN. Con energía. Le digo que no vuelva, si no Jorge se encargará de echarle.

RODRÍG. Lo veremos.

D.ª CONC. Adios, Carmencita. Quizás tengamos que dejaros. Si nos dan la cartera, tendremos que levantar la casa y marcharnos á Madrid.

RODRÍG. Yo me voy con ustedes.

D.ª CONC. No me tiente la paciencia, Rodríguez.

RODRÍG. No, digo que me voy con ustedes ahora, á la calle.

D.ª CONC. ¡Ah!

Vanse por la derecha doña Concha, Pepita, Antonio y Rodriguez.

ESCENA IX

CARMEN, JORGE Y D. FRANCISCO

D. FRAN. ¡Qué famosa es esta D.ª Concha! Entre lo de la cartera y lo de los garbanzos que ha contado Rodríguez hay un abismo donde caen todas las ilusiones de esta pobre señora.

JORGE. Rodríguez es una víbora. No crea usted esas infamias que ha contado. En otras partes contará de aquí cosas por el estilo.

CARMEN. Sí, Rodríguez es una mala persona, me disgusta su presencia, me hace daño....

JORGE. ¿Sí? Pues no digas más. No volverá á poner los pies aquí.

CARMEN. Con sobresalto. No, no le digas nada..... No merece la pena de tener una cuestión con él.... Le recibiremos mal para que lo entienda y se vaya.

JORGE No tengas cuidado. Cuando se trata de cana-

llas, yo resuelvo las cuestiones con la punta del pié.

CARMEN. Pero él no tiene nada que perder y el escándalo caería sobre nosotros.

D. FRAN. Son las once... Me retiro también... Hasta mañana, Carmen.... Adios, Jorge. Despídente los dos. Vase por la derecha.

ESCENA X

CARMEN y JORGE sentados en el centro de la escena. Suspira Carmen con tristeza.

JORGE. ¿Qué tienes, Carmen? ¿Estás mala, estás triste?

CARMEN. Con abatimiento. No...

JORGE. Si, tu tienes alguna pena...

CARMEN. Con vibraciones de llanto. Te digo que no. . después de un momento de silencio José ha traído las cuentas de Junio, de *Campohermoso*..... Según le ordenaste, vienen por separado los gastos de siega. Se han cogido 3,800 fanegas de trigo, casi mil más que el año pasado... En la cebada también hay aumento de..... no sé cuanto..... tu lo verás.....

JORGE. Si viene mañana cuando yo no esté, díle que espere. Tengo que darle instrucciones sobre el olivar.

CARMEN. Si, vendrá; ha dicho que tenía que hablar contigo acerca de las obras del molino nuevo.

JORGE. He estado en casa de Serra y quedó hecho el negocio: mil quinientas arrobas del cortijo grande, á 39 reales. Quería quinientas más, pero no me he atrevido á vendérselas sin contar contigo

CARMEN. ¡Pero si te he dicho mil veces que hagas tu lo que te parezca! Tu eres el amo, te he dado poder para todo....

JORGE Y yo te agradezco esa confianza.

CARMEN. ¿Y qué menos podía hacer? Todo lo que yo tengo es tuyo.... Haz cuenta que mi riqueza es tuya, y lo es realmente... Para eso nos casamos.

JORGE ¿Para eso? Carmen, yo no me casé para eso.

CARMEN. Simulando extrañeza ¿No...? Pues lo que es de la mujer es del marido,.. Entonces ¿para qué te casaste...?

JORGE. Aparte Veo tus dudas, sondeas mi corazón á ver si hay otras fibras que las del interés. ¡Cómo me hacen sufrir tus sospechas!

CARMEN. Todo debe ser para los dos. Yo no te pongo tasa ¡qué digo, tasa! ni te pido cuentas... toma lo que quieras.

JORGE. Secamente Gracias. Suspira.

CARMEN. Aparte. ¿Será fingida su indiferencia ó será real? ¿Suspira por mí ó por mis riquezas...? ¡Por qué le amo sin conocerle!

JORGE Tu generosidad me confunde... yo no sé cómo agradecerte...

CARMEN. Aparte. !Ah! La brutal afirmación de Rodriguez ha avivado mis temores.

JORGE. Aparte. No. no puedo declarar mi amor... Que duerma escondido en mi pecho hasta el día de la prueba. ¡Qué no le envenene la sospecha de la mentira!

CARMEN. Aparte. Tengo celos crueles, y es mi rival mi fortuna. ¿A cual de las dos ama? Este hombre es un abismo negro donde se pierde mi ventura... Quisiera ser hechicera, quisiera ser un demonio para leer en su conciencia, condenarme por él..,

JORGE. Aparte. Próximo está el día en qué sabrás la verdad, te arrastraré al sacrificio, y verás la luz, verás mi amor...

CARMEN. Aparte, agitada. La idea de una decepción horrible me hiela. ¡No, no quiero saber la verdad..! Es mejor la duda que no mata la esperanza.

JORGE. ¿Murmuras, Carmen? ¿no estás satisfecha de mi gestión? ¿no dirijo bien tus intereses?

CARMEN. ¡Oh, sí, si! Tu gestión es admirable. Nuestros bienes han crecido desde que tu los manejas. Se ve que tienes un gran amor... á esas cosas.

JORGE. Dolorido por la reticencia. ¡Carmen, Carmen!

CARMEN. ¿Qué?

JORGE. No, no es nada...Has hablado del amor... á *esas cosas*. ¿Qué quieres decir?

CARMEN. Nada... como distraida, mirando al reloj que habrá sobre un mueble. ¡Ay, qué tarde!... Levántase nerviosa y dá algunos pasos hacia el fondo. Afectando tranquilidad é indiferencia. Se pasa el tiempo sin sentir...

JORGE. Respeta al amor, que es algo más elevado que esas cosas viles.

CARMEN. Riendo ¡Já, já!... ¡El amor!... ¿Dónde he leido yo un cuento sobre el amor? Pasa la mano por la frente como para recordar.

JORGE. ¿Un cuento de amor? ¡Hay tantos! Como que es el tema imperecedero, el alma de la vida, siempre viejo y siempre nuevo, eterno como Dios de quien emana, canto inmortal de la naturaleza y aroma de las almas...

CARMEN. No... el cuento que yo digo no es de eso, no es de amor sólo, sino también de... *esas cosas viles*... Se titula; *El amor y el interés*... sube algunos escalones más. Lo he de buscar para que lo leas... es precioso... y muy triste,.. A mí me hizo llorar... Puede que á tí te haga reir... no sé... como los hombres sois,.. *más valientes*... modulando

la voz con vibraciones de tristeza dramática. Es una pobre mujer engañada trata de ocultar las lágrimas, pero la voz denota la emoción una huérfana rica que se casa con un hombre vil, seco de corazón, con intención, como un reproche dirigido indirectamente á Jorge interesado...

JORGE. Exaltado. ¡Carmen, Carmen!

CARMEN. ¡Qué! ¿no te gusta? Pues no sabes lo mejor: que al final, y como moraleja del cuento, dice el autor que todos los hombres sois iguales, Ya ves tu... él os debe conocer.,.

JORGE. Pues es un gran bergante ese autor.

CARMEN. ¡No! con inocencia ¡si está muy bien escrito! Lo debo tener arriba... yo lo buscaré... *El amor y el interés...* sí, así se titula.

JORGE. No conozco ese cuento, pero desde ahora te digo que solo me gusta la primera parte.

CARMEN. ¿Sí? Pues en la primera parte es cuando él finge á ella un amor que no siente. Su frío corazón que no tiene fibras más que para las excitaciones del cálculo... sí, así dice el autor... que no tiene fibras más que para las excitaciones del cálculo, juega sin piedad con el de la pobre muchacha. ¡Ah! si vieras, ella ¡qué enamorada, la pobre! y él ¡qué cruel...! Cuando leo esas cosas me pongo muy triste, Jorge, muy triste; pienso que todos los hombres son iguales, todos falsos, que el autor tiene razón, y que el amor no existe más que para martirizarnos á nosotras... ¿Crées tú que hay hombres que aman, que sienten ese amor elevado, ese aroma de las almas que tú has dicho?

JORGE. Sí. Con mucha pasión. Los hay que aman con toda su alma, que fueran capaces del mayor sacrificio por la mujer amada, de renunciar á todo, á todo, por poseerla plenamente, por amarla

con libertad... trabajar y aun morir por ella si es preciso.

CARMEN. Pero eso será también un cuento.

JORGE. No, que es realidad.

CARMEN. Con mucha extrañeza. ¡Ah! ¿Y hay hombres así por el mundo? Pero deben ser muy pocos...

JORGE. Yo sé de uno

CARMEN. Aparte. ¡Dios mío, si es mentira que no me lo diga! A Jorge ¿Uno? ¿Un amigo tuyo quizás...? ¿Le conozco?

JORGE. Creo que no Levantándose con mucha energía. Pero yo te juro por mi honor que le has de conocer.

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Despacho. Sillas y muebles adecuados. Gran mesa á la derecha con papeles y un libro de contabilidad. Puertas en el fondo y á derecha é izquierda.

ESCENA PRIMERA

JORGE, solo

JORGE. En la mesa, teniendo delante abierto el libro de contabilidad. El lenguaje de los números es el más sincero; no admite adjetivos; es sustancia pura y pura verdad. ¡Y qué hermosa verdad la de estas cifras! inclinado sobre el libro 400.000 pesetas en fincas rústicas, 150.000 en fincas urbanas, 200,000 en valores varios, 18.000 en existencias de granos y aceite, 54.000 en la cuenta corriente del Banco, 12,000 en cupones vencidos y dividendos á cobrar... Total: 834,000 pesetas, balance en 30 de Junio de la fortuna de Carmen.... ¡Cuánto bien y cuánto mal se puede hacer

desde esta fortaleza! señalando la suma del libro Es la potencia económica, la libertad, la semilla fecundante que, humanizada, produce todo el bien... Yo tenía proyectos, una gran obra de piedad social, una aproximación entre el capital y el trabajo... Ya sé que mi esfuerzo aislado, aun contando con este potente auxiliar por la suma del libro no resolvería la gran cuestión, no pondría fin á la discordia, pero al menos daría un ejemplo, despertaría acaso la conciencia de los que explotan la impotencia y la miseria, recordándoles que hay una moral social, una moral cristiana más elevada que la brutal moral económica que abusa del caido del hermano famélico que se entrega á discreción, huyendo de la miseria, como el pobre pájaro hambriento deja el campo desolado y va á picotear las rejas de la jaula, lanzando luego en la prisión tristes ayes á la libertad perdida ante los apremios del hambre y de la sed. Yo quería ayudar á los humildes, á los pequeños, á los que marchan por el mundo agobiados bajo el peso de su infortunio; quería poner mi esfuerzo en la obra fraternal de Cristo, en la humanización de los hombres, usando este capital noblemente, poniendo en su empleo más amor que codicia... Pero ¡imposible, imposible! Este capital se ha vuelto contra mí, verdugo de mi honra y de mi amor, y yo le detesto..... No quiero ser su víctima, el hombre no debe ser victima de la cosa... Me defenderé de la nota infamante que ha caido sobre mí. Yo acato ese fallo de la opinión, que condena á los que hacen grangería del matrimonio, suplantando al amor con una farsa de él por la concupisencia del dinero, pero no

puedo vivir en la degradación que trae consigo. Otros en mi caso muéstranse indiferentes ante la condena de la opinión, se encogen de hombros y se entregan al deleite del estómago, mientras la conciencia agoniza... Yo necesito rehabilitarme, mostrar una prueba concluyente de mi inocencia. Pero esta prueba... ¡Dios mío, qué dura! ¿Tengo derecho á sacrificar á Carmen para salvarme yo? ¡Qué incertidumbre! ¡qué lucha!

Carmen le observa desde la puerta de la izquierda y al fin entra resueltamente.

ESCENA II

JORGE Y CARMEN que entra por la izquierda, dirigiéndose á dondo está Jorge mirando las cifras del libro.

CARMEN. ¿Estás sumando...? ¿viendo lo que hay?

JORGE Sí, y es una hermosa suma: 834.000 pesetas...

CARMEN. Aparte. Sus ojos se animan ante mi riqueza, sale á ellos su alma ambiciosa... Con desfallecimiento. ¡No puede amarme! Se sienta frente á Jorge, al otro lado de la mesa. ¡Ama demasiado á mi dinero!

JORGE. Mira, Carmen: en la cuenta del Banco tenemos 54.000 pesetas. ¿Para qué tener allí ese dinero que no gana interés? ¿no es mejor emplearlo en valores y dejar allí sólo un pico para nuestros gastos menudos?

CARMEN. Con indiferencia. Sí, me parece bien, haz tú lo que quieras.

JORGE. ¿Te parece que compremos Interior?..... Va á subir... El nuevo ministerio ha producido buen

efecto..... Voy á telegrafiar al agente de Madrid... que opere en Interior.

CARMEN. No me hablas más que de esas cosas, Jorge. Empiezo á sentir repugnancia al dinero, á aborrecerle como á un enemigo,..

JORGE. Cerrando con presteza el libro y echándole á un lado. ¿Y por qué? mirándola fijamente ¿Y si no lo tuvieras? ¡Figúrate, qué desgracia!... ¡qué vida de miseria!

CARMEN. ¡Miseria! Hay otras miserias que me horrorizan más. Envidio á las pobres..... viven contentas, y cuando son amadas, lo son por ellas. No conocen ciertos tormentos del dinero...

JORGE. El dinero no es malo...

CARMEN. Pero hace malos á los hombres, metaliza su corazón.

JORGE. Sin embargo; hay corazones inmetalizables, rebeldes á toda aleación metálica, que no se funden á otro fuego que al del amor... ¡Cuán triste la vida si no se amase! ¡Qué lúgubre el mundo si todos marchásemos encerrados en nuestro propio egoismo, en una especie de piel espiritual, esquimales de alma, forrados á todo lo exterior como los pobres habitantes de las soledades árticas, ahogando en las tenebrosas profundidas de nuestro sér las emociones, los sentimientos, la atracción hacia los otros seres, el perfume divino de las almas, que es el amor!... Hay que amar, Carmen, hay que salir de nuestra corteza material, de nuestro egoismo, y buscar la fusión de las almas, el santo ayuntamiento espiritual.... reparando lágrimas en los ojos de Carmen. ¿Lloras, Carmen? Va á su lado y se coloca de piés inclinándo e sobre su cabeza, con gran ternura. ¡Alma mía, no llores! Estás sedienta de amor y vives atormentada creyendo que yo soy un manantial agotado, un arroyo seco,

sin más que el limo pestilente del fondo, cuando bañan mi corazón las aguas vírgenes, las cristalinas corrientes, las ondas limpias de un amor puro y honrado por tí, por tu alma candorosa y noble!... Si, Carmen, cese el equívoco y hable mi alma, desbórdese esta pasión comprimida que he guardado hasta ahora en el pecho temeroso de que no me creyeras. Con voz solemne. ¡Créeme, Carmen, te lo juro por el honor de mi padre! ¡Te amo, te amo!

CARMEN. Levantándose con expresión radiante y cayendo en sus brazos. ¡Jorge, Jorge!

JORGE. Pásala la mano por la espalda dulcemente, expresando un amor sereno y honesto, y así unidos dirígense los dos hacia la puerta de la izquierda, lentamente. ¡Deleite divino de mi vida! ¿cómo has podido temer que no te amara? ¿Cómo no amarte, celestial criatura? ¿No has sentido en lo íntimo de tu sér el aleteo de mi alma que buscaba la tuya para fundirse y formar un todo indisoluble hasta la tumba y más allá de la tumba, hasta la gloria de la vida infinita que está reservada á los que se aman? Yo te quiero con toda la fuerza de mi pasión honrada, con un amor tan grande que no hay expresión para él que no sea mezquina, un amor sin medida, un amor que arranca de mi corazón y se irradia por el mundo y llena el universo. Es este amor como un mandato de Dios, es una fuerza sobrenatural que me manda quererte, y yo obedezco, obedezco, Carmen, créelo. Aunque fueses mala tendría que quererte, caería en tí, sin discernimiento, arrastrado por el torbellino de este amor. ¡Y cómo no quererte siendo como eres, bella como las flores, pura como ellas cuando sonríen al sol naciente que besa amoroso las perlas que la no-

che dejó sobre sus hojas, como un hada misteriosa que va repartiendo joyas en las eternas bodas de la naturaleza!... Verás, Carmen, qué paraiso se nos abre desde ahora, qué deleite la vida para los dos, amantes, unidos papara siempre, para siempre... Estas últimas palabras con misticismo amoroso y luego una pausa como gozando una visión.

CARMEN. ¡Oh, si no me engañas, qué dichosa! ¡Qué feliz si eso es cierto!

JORGE. Separándose bruscamente de ella. ¿Cómo cierto? ¿Aun lo dudas? muy irritado ¿No has oido que he jurado por el honor de mi padre?... ¡No mereces mi amor!... ¡Me has herido cruelménte! Si era sueño, si era una visión inasequible, ¿por qué no me has dejado soñar? ¿por qué me llamas con tus sospechas á la realidad? va hácia la mesa como luchando consigo mismo. Sí... resuelto. Voy al sacrificio y tú conmigo... pónese á escribir muy excitado. No más ignominia... Cese este suplicio... Tendrás la prueba de mi amor... tú verás si es cierto; pero lo has de ver con lágrimas de terror...

CARMEN. Desde el otro lado. ¡Perdón, Jorge, creo en tí!...

JORGE. Sigue escribiendo. No, ya es tarde... ¡Ramón!... llamando á un criado. ¡Ramón!... entra un criado por el foro Pon ahora mismo este telegrama urgente para Madrid; entrégale un papel con algunas palabras escritas, tómale el criado y vase por el fondo. Levántase Jorge y va á la puerta de la derecha, y desde alli mira á Carmen que se hallará enfrente cerca de la puerta de la izquierda. ¡Hasta mañana! y ve pensando ya en esas pobres á quienes tu envidias, en esas que cuando son amadas saben que lo son por ellas, y desconocen ciertas miserias del dinero... Piensa en la miseria... Vase.

CARMEN. ¡Dios mío, qué va á hacer?... ¡Pero qué me importa todo, si sé que me quiere, si siento que el amor me enloquece!... Sí, acabó la duda... quiero reir, quiero llorar, llorar, sí, que salga en mis lágrimas la ventura que no cabe en mi corazón, que se desborde la dicha que me ahoga.

ESCENA III

CARMEN Y D.ª CONCHA que entra por la puerta del fondo, dirigiéndose donde se halla Carmen.

D.ª CONC. Con cariño. Carmencita. hija, has llorado?... No me digas... ya sé... son todos unos bribones... Pues júntate conmigo, que he pasado dos noches fatales llorando de rabia... Me birlaron la cartera de Lesmes, y me ha costado un berrenchín que no te puedes figurar... ¡Una nueva injusticia! Fué tal la indignación que sentí cuando me digeron que ya estaba formado el ministerio y que no habían tenido la atención de reservar á Lesmes ni siquiera una mala subsecretaría ó una dirección, que le puse un telegrama á Sagasta... yo, yo misma, insultándole, llamándele mal amigo, *aleve*, riojano, teo... qué sé yo, hija, las cosas que puse en medio de mi frenesí... Y el hombre me ha contestado, pero más le valiera callarse que decirme esta groseria telegráfica: pue si hubiese costumbre de dar carteras á las señoras, me hubiera dado á mí la de Guerra, que todavía no habíamos llegado á la era de las mujeres públicas en la dirección de la política, pero

que á eso se iba, que Lesmes está bien en la dirección, y que yo soy muy simpática... Ya ves tú... Sagasta, que nos debe tanto, que se ocultó en nuestra casa cuando lo de los sargentos, y yo misma le corté el tupé y le dí un terno de Lesmes para disfrazarle .. Pues si te he visto no me acuerdo... Hija: cruz y raya á la política... yo me estaré en mi casa y allá se las compongan... Un consejo, Carmencita: no te apenes por ningún hombre, no merecen todos ellos una lágrima nuestra. ¡Ah! yo los conozco bien... ¡Ojalá los hubiese conocido así cuando tenía tu edad, pero con melanáolía. llega una á *filósofa* cuando vienen las canas y no sirve para nada la experiencia!... Yo me casé el año de la revolución, ¡y así salió ello! Con el gobierno provisional lo pasamos bien; Lesmes había gritado aquello de lá «raza espúrea,» y Serrano nos dió un buen destino; pero vino don Amadeo y nos dejaron en la calle. Aquel reinado efímero nos condenó al *ostracismo*... (vulgo cesantía). Luego vino la República... Lesmes se lanzó á aquel mar turbulento, pero tampoco pescó nada. Pí le salió al paso y le pidió la fe de bautismo... los ideales... qué sé yo, hija, ¡pamplinas de Pí! Mira el pelo que ha echado con esas cosas. Después vino Alfonsito y con él nos fuimos. Nos dieron un destino en Ultramar; pero apenas habíamos llegado, sin tiempo casi para probar la... guayaba, ¡cataplúm!, cayó el ministerio y vuelta á España. Entonces ingresamos en el partido liberal, nos vinimos aquí y metieron á mi marido en la Diputación, y ahí le tienes hace quince años, postergado injustamente, sin premiar su consecuencia y sus servicios al

partido... ¿Y qué ha sido eso, Carmsn? Alguna gatada de tu marido... Cuéntame, hija mía, cuéntame... La coge cariñosamente del brazo y se la lleva. Salen las dos por la izquierda.

ESCENA IV

D. FRANCISCO Y ANTONIO que entran juntos por el fondo, conversando.

D. FRAN. Esa es una infame mentira,..

ANTONIO. ¿Me lo va usted á decir á mi? Si yo sé que es una indigna jactancia de Rodríguez, y precisamente por eso se lo digo á usted. Ante todo, yo soy un buen amigo de Jorge; sé que es un caballero, y antes que Rodríguez destroce su honra, debe usted ponerle en guardia, para que cierre la boca envenenada de ese hombre... Ya le digo á usted: anoche, ante una reunión de libertinos,, aseguraba que tiene relaciones de amor con Carmen... ¡Figúrese usted lo que allí se diría! En medio de una feróz chacota, se arrancaban tiras ensangrentadas de la honra de Jorge.

D. FRAN. ¡Oh, sí! Es menester que él lo sepa y que castigue á ese bribón

ANTONIO. Mirando á la puerta de la derecha. Ahí viene Jorge... le dejo á usted con él... Váse apresuradamente por el fondo.

ESCENA V

D. FRANCISCO, Y JORGE que entra por la derecha.

D. FRAN. Me alegro encontrarte; tengo que hablar contigo.

JORGE. Hábleme lo que quiera. Por su tono y por su semblante adivino que no es cosa agradable para mí; pero no le importe la pena que me pueda dar. Hoy es día de amarguras, y pueden todos verter en mí, la hiel.

D. FRAN. ¿Amarguras? ¿Qué? ¿Lo sabes acaso?

JORGE Lo que sé es que no puedo vivir así, y que ya está tomada la resolución... Mañana, 16 de Julio, es el día de Carmen... Con triste ironía. ¡Le preparo el regalo...! Muy enérgico, Mañana verá ella y verán todos si Jorge Valdés es un infame ó un hombre de corazón... Venga eso que usted tiene que decirme.

D. FRAN. Vacilando No me atrevo... estás excitado, y es una cosa grave, una puñalada traidora que asestó anoche un cobarde, á tu honor.

JORGE. Ya... Que me he vendido, que represento una farsa de amor, que lo que amo es el dinero de Carmen... No me importa; mañana contestaré.

D. FRANC. No es eso, no... Es peor... Es una difamación horrible contra la honra de Carmen y el honor tuyo.

JORGE. ¡Cómo! ¿Se han atrevido,..?

D. FRAN. Rodríguez propala por ahí que tiene amores con Carmen.

JORGE. Levantándose frenético, dando un grito de cólera ¡Ah, malvado...! ¡Me siento loco, la sangre me golpea fu-

riosamente, agarrándose la cabeza, me arden las entrañas pidiendo venganza! Señalando la puerta del fondo, agitado. ¡Qué cierren la puerta, qué la ira no me arrastre; no quiero castigar la injuria hasta mañana, hasta la hora del sacrificio, hasta la hora de la justicia...! Muy excitado y tembloroso. ¡Siento terribles ímpetus de correr tras ese miserable y ahogarle donde le halle...! Como haciendo un gran esfuerzo moral. Pero no... Coje á D. Francisco por el brazo y le lleva á la puerta de la derecha. Vamos..... Con mucha energía Encierreme hasta mañana. Vánse los dos.

ESCENA VI

D.ª CONCHA Y CARMEN, que entran juntas por la izquierda.

D.ª Conc. Desde la misma puerta, entrando en escena. Pues hija, tu harás lo que quieras, pero yo no me fiaría... Eres demasiado niña y te lo crees todo... ¡Cuidado que yo no digo que Jorge te engañe!

Carmen, No, no me engaña... Hoy me he convencido... aquellas palabras le salían del alma y ha jurado que me quiere,

D.ª Conc. ¡Uy, uy, uy, Carmencita! Malo..... Cuando los hombres juran, casi nunca dicen la verdad..... ¡Si yo hubiera hecho caso de tantas cosas como me han jurado en este mundo! El año 65 juró uno morir por mi, llevarme al tálamo ó caer en la tumba fría, si yo era de otro... Pues ni murió ni cayó en ninguna parte. ¡Yo sí que me caí de un nido haciendo caso á aquel bribón! Lesmes también me juró amor eterno ¿y sabes tu lo que duró su amor? Pues lo que el

gobierno provisional. Me acuerdo que el día que entró Amadeo me la pegó con una corista de los bufos... Por supuesto, que no fué escándalo el que yo armé. Hubo carreras y desmayos, porque se creyó que era un atentado contra el nuevo monarca. Los periódicos de oposición decían: «no asamos y ya pringamos?», porque no había quien les quitara de la cabeza que aquello fué un conato de manifestación antidinástica, un movimiento popular contra el acto del juramento del rey. Y es que yo, cuando perseguía á Lesmes que corría con la coristilla á ocultarse entre la multitud, le recordaba indignada su juramento... Ya ves, así se escribe la historia y así son los juramentos de los hombres... Yo te digo la verdad, Jorge me parece un hombre serio ¡pero estoy tan escamada de todos ellos! ¡he visto tanto!..... Te dejo, Carmen..... Se dirigen las dos á la puerta del fondo Y no te apenes, hija mia.., Si Jorge te engaña, consuélate pensando que no es cosa nueva, que un hombre fiel es *rara avis*, como dijo... no sé quién... uno que conocía el paño. Desde la puerta. Adios...

CARMEN. Mañana no faltará usted...

D.ª CONC. ¿Mañana? ¿Qué es mañana....? ¡Ah!, Nuestra Señora del Carmen! ¡Cómo he de faltar á darte los días, yo que te he visto nacer y que te quiero como tu pobre madre, aquella santa, que en gloria de Dios esté!

CARMEN. Vendrá Pepita también....

D.ª CONC. Ya lo creo. Váse.

ESCENA VII

CARMEN, sola.

CARMEN. ¡Qué contenta, Virgen mía! ¡Siento un consuelo!... muy animada. He visto su rostro transfigurado por la verdad, sus ojos iluminados por el amor... ¡Qué feliz, Dios mío! ¡Qué hermoso le he encontrado en aquel arrebato de sinceridad! ¿Cómo he podido dudar de él, tan noble, tan caballero, tan enamorado de mí? ¡Cómo le he hecho sufrir! Pero él lo comprenderá, será generoso, olvidará los agravios, justificándolo todo mi querer... Yo le diré: perdón, Jorge, perdón para esta pobre mujer que no ha cometido otro pecado que el del amor, que ha temido no ser correspondida, que ha visto su corazón torturado por la duda, pero hoy cree en ti, te quiere con toda su alma y se entrega á tí sin recelos, te da su vida, tómala... Siento unas ansias infinitas de quererte: aparece Rodriguez en la puerta del fondo, y queda allí un momento en silencio, el mundo cambia desde hoy para mí, lo veo todo en tí, mi alma corre á hundirse en la tuya. con mucha pasión. ¡Tómala y absórbeme! Quédase en una especie de arrobamiento amoroso; Rodríguez avanza sin hacer ruído y se coloca detrás de ella.

ESCENA VIII

CARMEN Y RODRIGUEZ

RODRIG. Avanzando en silencio, al oido de Carmen. Muero por usted...

CARMEN. Dando un grito de sorpresa y apartándose. ¡Váyase!

RODRIG. No. No saldré sin una palabra de esperanza. Estoy loco por usted.

CARMEN. Esta es una casa honrada... Salga...

RODRIG. Honrada hasta cierto punto... La santidad del hogar es una invención de los maridos... *non sanctos*, una superchería convencional, ó más bien un falso pabellón para cubrir el producto de la piratería.

CARMEN. ¡Váyase, por Dios, no perturbe la felicidad de esta casa!

RODRIG. ¡Felicidad! Confieso á usted que no siento ningún respeto hácia estos hogares donde el marido es de alquiler... Yo soy un vengador de la vindicta pública... ¡y qué deliciosa venganza en los brazos de usted!... Mirándola con avidez.

CARMEN. Apartando la vista de él con repugnancia. Márchese ó llamo á Jorge.

RODRÍG. Bajando la voz y expresando temor. No... solo una mirada, una palabra de esperanza..... por caridad, Carmen....

CARMEN. Muy agitada. ¡Jorge!

Váse Rodríguez por el fondo.

ESCENA IX

CARMEN Y JORGE

JORGE. Apareciendo por la derecha en el mismo momento en que Rodríguez desaparece. ¿Por qué me llamas ¿qué tienes?

CARMEN. Corriendo á abrazar á Jorge muy emocionada. ¡No, Jorge mío, no es nada... nada... mirando con temor hacia la puerta del fondo que tengo miedo, pero no de tí, no, no... era una alucinación, una sombra horrible que se me ha presentado, y te llamé.... ¿A quién he de llamar, Dios mío, más que á tí?

JORGE. Consigo mismo ¡Una sombra...! ¡Sombra! ¡Cuántas me rodean....! Como á las ruinas de un viejo monumento en noche tenebrosa, sombras envuelven á mi espíritu, sombras á mi honor...Con voz solemne, mirando al cielo. ¡Mañana ahuyentaré las sombras, padre mío!

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

SALÓN BIEN AMUEBLADO

ESCENA PRIMERA

CARMEN y PEPITA hablan sentadas á la izquierda. D.ª CONCHA, D. FRANCISCO y ANTONIO, forman otro grupo de conversación un poco separado hacia la derecha.

PEPITA. Te aseguro que yo no me casaré así, de cualquiera manera, sino cuando Antonio pueda ofrecerme la garantía de una existencia sosegada, y si nó no me caso... ¿Para qué impacientarse por correr tras la desgracia? En mi casa he visto mucho... á tí te lo puedo decir... muchas vergüenzas, muchas insolencias de los que venían á reclamar deudas. Gracias que mamá tiene ese carácter que no se apura por

nada y sabe escusarse con los acreedores, pero á mí me da una vergüenza atroz y quisiera que se abriese la tierra cuando me encuentro en esos casos... Tú no conoces el horror de la miseria, las mil indignidades á que obliga el no tener... Si yo he de vivir así, no me casaré jamás...

CARMEN. ¡Hay muchos géneros de miseria!

PEPITA. Pero ninguno iguala á la miseria del pan. Y en nosotras su efecto es terrible. Mira á todas las infelices que viven en el vicio y verás como cayeron en la deshonra para tener pan. Y verás también muchas que se agarraron al matrimonio como á un ancla, pero lo que han hecho es hundirse más y hundir con ellas á sus hijos.

CARMEN. Sí, la pobreza extremada es terrible, pero una pobreza decente, una vida modesta y silenciosa es amable... Tu vives más alegre que yo, más libre, sabes que Antonio te quiere y tan pronto como tenga una posición ó un medio de vivir asegurado se casará contigo y sereis felices.

D.ª CONC. En el otro grupo. Cincuenta y cuatro Cármenes tenemos que visitar hoy... Es un día de prueba para mí, porque estas malditas piernas...

D. FRAN. Bromeando. ¿Qué edad tiene usted, D.ª Concha?

ANTONIO. Riendo. ¡Hombre! es una pregunta indiscreta, que ninguna mujer puede contestar. Eso, como el valor del soldado, hay que suponerlo.

D.ª CONC. No... ¿á mí qué me importa ya?..,.. Pues tengo... verá usted...

D. FRAN. Sin coquetear, eh? La verdad. Cuantos años...

D.ª CONC. Pues verá usted...

D. FRAN. Nada, nada, la verdad, la verdad siquiera una vez. Usted sabe que un acto de contricción

absuelve todos los pecados. Ahora se confiesa usted á nosotros y queda perdonada de todas las veces que ha ofendido á Dios, devolviéndole una porción de los años que él dió á usted... Indulgencia plenaria si dice usted la verdad... Cuidado que yo soy más viejo que usted, yo tengo sesenta. Pero allá, allá nos andamos...

D.ª Conc. ¡Jesús, D. Paco, si usted data del diluvio! ¡Si usted ha conocido á Fernando VII y hasta al rey que rabió!

D. Fran. Nada, nada, ni quito ni pongo rey. Yo sesenta años... Venga, D.ª Concha, á ver esa fé de bautismo... cuántos años...

Antonio. No la sofoque usted... No lo dirá... Una mujer no puede decirlo nunca.

D.ª Conc. Pues yo lo digo, ea... Tengo.... verá usted.... Yo nací el año... espere usted que me acuerde... el año...

D. Fran. Sí, está tan distante que necesita usted un enorme esfuerzo de memoria.

D.ª Conc. decidida Pues la verdad: tengo tantos años como Cármenes vamos á visitar hoy,

Antonio. Cincuenta y cuatro.

D.ª Conc. Eso mismo.

D. Fran. ¡Vamos! esta vez ha dicho usted la verdad. Concedida la indulgencia plenaria, perdonados todos los pecados de omisión.

D.ª Conc. ¡Qué tontería ocultarlo cuando las piernas con su pesadez lo declaran! No es una ya más que un puro alifafe y un pronóstico. Yo le anuncio á usted la lluvia y el buen tiempo; soy un barómetro. Cada parte de mi cuerpo rige en una estación. En invierno, no me pida usted piernas, son dos palos. En primavera tengo la cabeza á pájaros, no puedo oler una flor,

porque me pongo á morir. En verano cosecha de granos, y en cuanto llega el otoño soy una clínica; los dolores pasean por mi cuerpo como caballos en libertad; se me quitan de un hombro para ponerse en una rodilla, y cuando se casan de estar allí se van á otro *hemisferio*. Pues cuando va á haber tormenta, me pongo insufrible: ha habido vez que he llegado á golpear á Lesmes en un arrebato de irascibilidad atmosférica, yo, que en tiempo bonancible soy una malva! Ahora el pobre, cuando empieza el nublado, se va y no vuelve hasta que pasa el periodo ciclónico... Y menos mal que no me falta la gana de comer, tengo un apetito desordenado. En cambio Lesmes es un pajarito, nunca ha sabido comer.

ESCENA II

DICHOS, Y RODRIGUEZ que entra por el fondo.

RODRIG. saludando. Señores... Se dirige á donde está Carmen. Felicidad, Carmen. Pepita se separa, yendo al otro grupo.

CARMEN. Con sequedad. Gracias. En voz baja á Rodriguez. Es usted cruel conmigo... Viene á ensañarse... ¿Cuántas veces he pedido á usted que se vaya, que no vuelva á poner los piés en esta casa? Es usted un hombre sin honor... ¿Le he hecho algún daño para que abuse infamemente de mi situación?

RODRIG. Perdón, Carmen.

CARMEN. No use usted mi nombre para nada, que me mancha con su boca.

RODRIG. Perdón... Yo no podía faltar en un día como el

de hoy á ofrecer á usted mis respetos y reiterar la prueba de mi amor... ¿Por qué esa acritud contra mí, cuando sabe que la quiero?

CARMEN. Interrumpiéndole. No siga... no me martirice más. Calle ó me voy. Levántase.

RODRIG. Sonriendo. Sosiéguese, Carmencita... olvide á ese hombre y piense un poco en mi. Se aparta de Carmen y va al otro grupo.

PEPITA. ¿Qué te decia Rodríguez? alguna impertinencia, ¿verdad?

CARMEN. Sí. Es un hombre repugnante.

PEPITA. Una lengua de víbora. Para él no hay honra, todas las mujeres son terreno de conquista, y goza llevando cada día á los centros depravados el relato de una hazaña nueva, el despojo sangriento de una honra descuartizada para echársela á las fieras.

CARMEN. Le tengo un rencor, un odio tan amargo, que si yo fuese un hombre!... No me dejes sola mientras esté aquí... Acompáñame. Se dirigen las dos á la puerta de la izquierda. ¡Si Jorge sospechase! Seria horrible un conflicto con este hombre en la excitación en que se halla desde ayer... No sé lo que le pasa... esta noche ha tenido un delirio que temí enloqueciera. Con una insistencia que me aterraba me pedía en sueños perdón. ¿Perdón por qué, Dios mío? Vanse las dos

ESCENA III

D.ª CONCHA, D. FRANCISCO, RODRIGUEZ y ANTONIO

RODRIG. D.ª Concha: doy á usted el pésame. Ha sido una mala partida de Sagasta.

D.ª CONC. ¡Phs! ¡Qué le hemos de hacer! Otra vez será.

RODRÍG. Ya sé que usted le telegrafió dándole sus quejas. Es un detalle que ha hecho por ahí muchísima gracia.

D.ª CONC. Pues á mí no me ha hecho ninguna.

RODRIG. La verdad es que... esto sin ofender... pero yo no sé si D. Lesmes sería capaz de llevar una cartera.

D.ª CONC. Y diez también.

RODRIG. Aparte. ¡Diez carteras! Lo creo. Es un verdadero carterista.

D.ª CONC. ¿Valen acaso más que mi marido ninguno de esos... tipos que han entrado? ¡Yo los conozco! ¡Si fuera á contar la vida y milagros de cada uno de ellos oirían ustedes horrores! Pero más vale callar... Honradez, cero... ¿Dónde van ellos á compararse con mi Lesmes en probidad y en todo? Ahí está, limpio como una patena.

RODRÍG. Aparte. En efecto, lleva quince años limpiando... la Diputación.

D.ª CONC. ¡Ojalá no fuera tan probo, otro gallo nos cantara!... Pues si de consecuencia política hablamos, todos esos ministros nuevos han girado más que un torno. Han pasado la vida saltando del caño al coro y del coro... al presupuesto... Y talento, Dios lo dé: yo he conocido á uno que decía *haiga*, *Grabiel*, *ojebto*, y escribía Ultramar con hache.

RODRÍG. ¿Ultramar con hache? Ya sé donde ponía la hache: en la Habana.

ESCENA IV

DICHOS Y JORGE que entra por la derecha y saluda.

JORGE. Antonio, buenos días... Doña Concha, siempre tan decidora y alegre...

D.ª CONC. ¡Lo mismo se gana! ¿A qué estar triste? Hay que tomar el mundo por lo que es: una chanfaina.

JORGE. Con ironía, dando la mano á Rodríguez y apretándosela fuertemente. Rodríguez... nuestro excelente amigo... No podía faltar hoy... já, já... Sigue sugetándole la mano y ríe nerviosamente.

RODRIG. ¡Caramba! que me rompe usted la muñeca.

JORGE. Irónico Es la efusión de mi querer, que es algo fiero y expresa el amor con la garra, como el tigre, le suelta la mano y le vuelve la espalda yendo hacia el fondo.

RODRIG. Aparte. ¡Qué brutal apretón! Si este es de amor ¡cómo será el del odio!... Me ha clavado las uñas... Será prudente abandonar el campo..... por ahora. Dirigiéndose al grupo en ademán de despedirse. Señores...

JORGE. Aparte en el fondo. No, no te irás; te sugetaré por la fuerza si es preciso. Quédase en el fondo del teatro apoyado en un mueble, silencioso y pensativo, expresando una preocupación honda. De vez en cuando se dirige á la puerta con impaciencia.

D.ª CONC. ¿Tan pronto? Siéntese, Rodríguez, que mientras está usted aqui, no peca.

RODRIG. Ni fuera de aquí, señora...

D.ª CONC. ¡Vaya, que es usted un pez!...

D. FRAN. Serío Con espinas que enconan.

RODRI. Es inmerecida mi mala fama.

D. Fran. Pues yo sé de buena tinta que gusta usted abrir cátedra de anatomía y revolver sobre el impío mármol de una crítica insensata, las entrañas de muchas personas decentes.

D.ª Conc. ¡Cuántas veces me habrá usted puesto á mí sobre el tapete!

Rodrig. Según don Francisco, allí solo se habla de personas decentes.

Antonio. Y no hay tapete; eso sería un principio de piedad. Pero el tapete viene después. Cuando termina la disección de las honras, la cátedra en masa se entrega á juegos más ó menos nobles, y terminan cuando unos han desbalijado á otros.

D.ª Conc. Rodríguez será allí un buen punto.

Antonio. Con intención. Tiene fama de... afortunado. Se dice de alguno que va allí todas las noches por dos ó tres duros; pero á veces los puntos son demasiado vivos y el tal vése obligado á levantar muertos.

Rodrig. Señores, parece que el anfiteatro se ha trasladado aquí. No soy yo solo el que pone cátedra de anatomía.

Antonio. Mas, por fortuna, esta vez la disección no recae en personas decentes.

Rodrig. Es mordaz el niño también.

ESCENA V

DICHOS. CARMEN Y PEPITA que entran por la izquierda.

Rodrig. Dirigiéndose à Carmen. Repito, Carmen, mi felicitación y me retiro... Hoy tengo ocupaciones que me privan del grato placer de... Pepita... señores... saludando á todos en ademán de irse.

JORGE. Avanzando desde el fondo. Deténgase... Para celebrar el día tenemos preparada una función y quiero que usted asista á ella.

RODRIG. ¿Quiero?

JORGE. Sí, quiero.

RODRIG. Es poco cortés la frase...

JORGE. Es la expresión de mi voluntad, que manda que usted se quede.

CARMEN. Déjale que se vaya.

JORGE. No. Aparece en la puerta del fondo un criado con un telegrama. Extremécese Jorge al verle. Le arrebata el despacho y le abre muy excitado. Después una breve pausa. ¡Consumado está! Rodéanle todos al oir esta exclamación y al verle agitado. ¡Carmen, felicidad! Ofreciéndola el telegrama abierto. El regalo prometido...

CARMEN. Cogiendo el telegrama y tras una pausa de su lectura. No comprendo...

D. FRAN. Cogiendo el telegrama de manos de Carmen y leyendo en alta voz. «Aunque la operación me parecía suicida después de conocida la influencia del nuevo ministerio en la cotización, cumplí su orden. Cayó sobre mí una nube de alcistas y en un momento quedó hecho. Una hora después subía el Interior dos enteros y al cierre otros dos. Remita urgente ochocientas mil para cubrir diferencias.» Con gran ansiedad á Jorge. ¿Qué quiere decir esto?

JORGE. A todos. ¿No lo entienden? Que he tirado al abismo de la Bolsa toda la fortuna de Carmen, haciendo adrede una operación de pérdida segura Carmen da un grito de sorpresa y estalla en sollozos. Los demás personajes manifiestan asombro.

D. FRAN. Pero esa fortuna no es tuya; tu mujer no puede ser responsable de tu locura.

JORGE. Tenía poder para todo... ha sido un mal negocio, una operación desgraciada.

RODRÍG. Aparte. ¿Qué género de hombre es este? ¿Será posible?...

D. FRAN. Jorge, vuelve en tí. Esto no puede ser..... este telegrama tendrá otro sentido... ¿Cómo ha de traer este papel la ruina de esta casa?

JORGE. Comprendo el asombro de todos... Será una crueldad, será una locura, vengan los dicterios, venga el enojo, pero sálvese la honra mía, sálvese el amor de esta mujer. Coge á Carmen por una mano; exprésase desde ahora con acento vibrante, con plenitud varonil. ¡Carmen! á la miseria conmigo, á trabajar, á ganar el pan amargamente, á sufrir la lucha despiadada de los que nada tienen..... Carmen llora con profunda aflicción. Pero qué ¿ahora lloras? ¿ahora te arrepientes de haber anhelado el contento de las pobres que son amadas por ellas mismas? ¿al ver hundido tu caudal te olvidas del aborrecimiento que le tenías porque engendraba tus sospechas y amargaba tu amor? ¡Ah! entonces tu no me amabas, tu amabas á tu dinero y me tenias á mí como una cosa comprada, como un caballo de lujo... Me has engañado, Carmen.

CARMEN. No, que siempre te amé.

JORGE. Pues yo puedo decirlo muy alto hoy que eres pobre como yo, hoy que sacudí la mentira que me ahogaba y recobré la libertad rompiendo las rejas de oro, te juro ante Dios que te amé por tí, y como tu eres la misma te sigo amando y te amaré siempre, hoy más que ayer. ¿No te alegras?

CARMEN. Con tristeza. Pero ahora, sin recursos, ¿cómo vivir? ¡A dónde iremos, pobres!

JORGE. ¡Pobres! Tu estás metalizada, Carmen. ¿Nó te sentías con valor para afrontar la miseria? ¡Pobres! ¿Y qué me importa ser pobre, si soy

hombre y el hombre no es pobre más que cuando ha perdido el honor, cuando se ha prostituido vendiéndose al matrimonio como el ganado en la feria... Yo lo he tirado todo, he matado al enemigo que se interponía entre los dos y he dado una satisfacción que debía á la moral pública. Pero yo no he desaparecido, aquí me tienes, soy el mismo, el hombre, que es lo que vale, y no las cosas, esas cosas viles que tiranizan á los cobardes, á los que sucumben bajo la tiranía del hecho económico, á los que se venden, transformándose ellos también en cosa, en cosa vil, en mercancía humana.... Y tú vienes conmigo á darme valor en la lucha, á acompañarme en la santa misión del trabajo, á dulcificar las asperezas de la vida con tu amor. Te reclamo, te quiero como hombre libre, y eres mía... Cae Carmen en sus brazos presa de gran emoción. Mía para siempre.

CARMEN. Con voz debil. ¡Sí, para siempre!

JORGE. Con gran ternura. ¡Pobre amor mío! perdóname si he roto tu jaula dorada, pero no tengas miedo, vuela conmigo bajo el hermoso sol de libertad y si te cansas, toma mi brazo. No temas á la miseria que con tu amor tengo yo alientos para todas las empresas, músculos de acero para mover el mundo.

CARMEN. Tus palabras me animan; siento que se disipa la pesadumbre que había entrado en mi alma...

JORGE. ¿No has visto al pájaro diligente correr por el campo buscando alegre el sustento para su amor que cantando le espera en el nido? ¿Ha de ser menos el hombre que el tierno pajarillo? Duerman otros en el nido con agenas plumas fabricado; coman ociosos el prestado pan; yo quiero hacer mi nido con mi esfuerzo, quie-

ro un rincón honrado donde arrullar nuestros amores.

CARMEN. Sí, sí. Al pronto me he sentido helada á la idea de perderlo todo, me he visto en la calle desamparada y sola... pero yendo contigo llevo la riqueza suprema, el tesoro del amor, y no me importa lo demás. En teniendo pan...

JORGE. ¡Pan y amor! Esa es la vida que hoy empieza para los dos... Dirigiéndose á Rodríguez. No tengo agravios que vengar en usted; el vil gusano araña débilmente la corteza del roble y rastrea en la tierra; la pestilencia de la charca no llega á la cumbre serena donde el aire es puro y la vida robusta. Cuatro palabras nada más: Con calma. Los matrimonios de botín se consagran sobre la tumba del amor. En el mismo altar de las bodas, tras la sombra del marido, se esboza la silueta del amante y se forman en realidad dos matrimonios, pues son cuatro los personajes: dos hombres, una mujer y una caja de caudales. El marido abraza á la caja, el amante á la mujer, y de los cuatro el menos indigno es la caja. No es tampoco el más abominable el amante, que haciendo papel de tercero, se llama á la parte en los hogares levantados sobre el negocio. Es el ejecutor de la justicia, el vengador de dos grandes leyes de la naturaleza que han sido violadas: la del amor y la del trabajo. Hubo un falaz escamoteo de amor; y éste, al verse burlado, se venga colándose de puntillas y por la puerta falsa. Y hé aquí la torpeza de usted: que me ha juzgado por lo que ocurre comunmente, creyendo que yo estaba abrazado á la caja de caudales y que aquí habia un puesto para usted. En estas empresas hay que acertar siempre,

y usted se ha equivocado... Dirija sus seducciones á otra parte... donde las reclame el amor traicionado... Vaya á robar la honra á quien la aprecie menos que yo, donde esté menos vigorosamente defendida que la mía.. Señalándole la puerta. Por allí se sale ..

RODRÍG. Confuso. ¡Cómo!

JORGE. Empujándole violentamente hacia la puerta. Así.

RODRÍG. Trémulo, desde la puerta. Esto es un insulto. Me dará usted una satisfacción.

JORGE. Le daré á usted un estacazo como le vuelva á hallar en mi camino. Váse Rodríguez.

ESCENA VI

DICHOS, menos Rodríguez.

D.ª CONC. Abrazando á Carmen. ¡Carmencita, hija mía, déjame llorar que si no lloro reviento! Todo el sistema nervioso lo tengo bailando como si anunciara un ciclón.

ANTONIO No, el ciclón ha pasado ya.

D.ª CONC. ¡Pobrecita de mi alma! ¡Qué vas á hacer ahora, tu, criada en tan buenos pañales, tener que buscar el pan!

JORGE. No, señora; el pan lo buscaré yo. A todos Pan y amor son los polos del mundo; sobre ellos se sustenta el eje de nuestra vida; la mujer es el amor; el hombre es el pan, es el trabajo, la gran ley de la vida, y ¡ay de los que la violan! ¡ay de los vendidos! ¡Caiga sobre ellos el desprecio de la conciencia pública!

FIN DE LA COMEDIA

3 0112 115868975